

# Las villas de las palomas muertas

miércoles, 21 de octubre de 2015

Modificado el lunes, 02 de noviembre de 2015

## Las villas de las palomas muertas

Juan Luis MonzÃ³n Verona

Arquitecto

Cuando bajas del vehÃculo que te ha llevado temprano a GuÃa, percibes inmediatamente el soplo matinal de la brisa pura que viene del campo. Aunque te persigue una sombra de preocupaciÃ³n, por si algo hubiere pasado, la sensaciÃ³n en tu cara de esa brisa fresca te hace olvidar, pues transmite y esparce las voces y sonidos de la Ciudad mÃ;s madrugadores.

## Las villas de las palomas muertas

por Juan Luis MonzÃ³n Verona

Arquitecto

Cuando

bajas del vehÃculo que te ha llevado temprano a GuÃa, percibes inmediatamente el soplo matinal de la brisa pura que viene del campo. Aunque te persigue una sombra de preocupaciÃ³n, por si algo hubiere pasado, la sensaciÃ³n en tu cara de esa brisa fresca te hace olvidar, pues transmite y esparce las voces y sonidos de la Ciudad mÃ;s madrugadores. Los saludos amigables de los vecinos que ya andan trasteando en las terrazas de las casas que miran al barranco, me provocan la primera sonrisa. TambiÃ©n percibes el canto de los pÃ¡jaros salvajes, los ladridos lejanos con eco que retumban en la montaÃ±a rocosa y el crujir de las ramas de Ã;rboles con falta de poda. Son dÃ-as en los que has empezado a escuchar los sonidos de la obra del primer edificio de la Universidad, lo que te suena a mÃ³sica celestial y que, por su reflejo, parece que partieran de las propias casas del Casco, como si fuera GuÃa entera la que se estuviera reconstruyendo. Es un ruido que anuncia un cambio casi premonitorio. Crees que serÃ; un inimaginable todo lo que ello significarÃ;â€!

Pero te commueve especialmente, en todo este trasiego matutino, el taÃ±ido de las campanas de la torre de la iglesia, pues el reloj de Lujan avisa incesantemente, dÃ-a tras dÃ-a, del paso del tiempo a los vecinos, no como una invocaciÃ³n al rezo sino de un vigilante activo para la mejor organizaciÃ³n y convivencia de sus vidas. Mirando al cielo, queriendo ver las torres, a veces alcanzas a ver un grupo de garzas que en ordenada formaciÃ³n vuelan y cruzan el pueblo a una considerable altura en su movimiento migratorio anual, posiblemente extenuadas por su deber instintivo, en el tiempo marcado por las estaciones, en busca de un lugar mejor.

Te quedas, sin mÃ;s remedio, con la dispersiÃ³n y movilidad de las aves locales. Su brujuleo inquieto, parece obedecer a secretas e indescifrables consignas. Son las palomas que salpican los tejados y los balcones de las que surgen, como de la chistera de un mago, no solo una, sino cientos de ellas. Veo que abandonan estos lugares mÃ;jicos con determinaciÃ³n rauda y vuelan en remolino de motas blancas a las cornisas vetustas de muchos edificios. Sientes una sensaciÃ³n de estar en una ciudad derrotada tras una guerra y que ha sido invadida por un ejÃ©rcito de antaÃ±o de gris uniforme. Te acrecienta la impresiÃ³n de soledad de la Ciudad Antigua por la que corre el fluido del oro fundido de su historia, pero que ahora, piensas, no deja de estar al borde de parecer solo una escenografÃ-a envuelta en la incertidumbre. Y ese magnÃ;nimo calificativo de â€œhistÃ³ricaâ€• no la salvarÃ;i, ni mucho menos, de todo lo que ahora le ocupa peligrosa monotonÃ;a, todo reconocible de una forma simple, algÃ³n barecito, alguna tienda, aceras desiertas, muchas casas desvencijadas en mi caminar y otras aparentemente vivas y en buen estado pero igualmente abandonadas y

vaciadas de su sustancia, que es envolver y proteger al ser humano.

Mientras, te has acabado de apercibir que ese ser vivo con alas ha comenzado a habitar esas suntuosas casas, convertidos en habitantes minúsculos, ni siquiera empadronados, sin anillas en sus patas que los identifique y les dé derecho o el deber del regreso a casa. Pero no te has de llevar a engaño: no utilizan las puertas o ventanas abiertas para entrar y salir tal como hacían sus antiguos habitantes, pues sus dueños actuales las tienen bien cerradas. Son los agujeros entre las tejas centenarias, hendiduras y grietas que el abandono ha ido conformando su forma de acceso. Nos cuesta apercibirnos de su existencia, casi ya por costumbre o por no querer asumir la realidad, porque a pesar de todo está todo estás tan bonito!

Pero tu debilidad en el transito por Guía son aquellas grandes casas al pie de la calle Marques del Muni, esa inmejorable promenade que dibuja transversalmente la suave loma donde se implanta la Ciudad y que la hace constituir la calle más aprehensible, por ser limitadora de la masa edificada del borde noroeste de la Ciudad, al tiempo que orientadora del resto del tejido urbano. A cualquier visitante foráneo curtido, de ahora o de antes, toda esta visión le sugiere a aquellas imágenes enciclopédicas de las sencillas pero elegantes villas tradicionales del renacimiento italiano. El conjunto de ejemplares que allí permanece aún te interesa especialmente, pues quedó a la vanguardia de la antigua Vega, ya desaparecida, a la defensiva de la «Ciudad Vieja» en su afán de sobrevivir, todavía visible, como pequeños bastiones semiderruidos, tras una batalla perdida.

La maltrecha, mutilada, pero aún imponente Casa Condal de la que todos los días vas dibujando en tu mente una de sus ventanas, que como el resto, presenta, con los pocos vidrios que quedan en pie, un aspecto de mosaico por el triste contraste de su brillo apagado con el fondo oscuro de sus contraventanas, que presentan sospechosas y oscuras hendiduras. La casa del número 7 que todavía quieras llamar Espacio Guía, mantiene aún su dignidad, o la Fonda de los Artiles, a la vanguardia de la Plaza Grande. No te olvidas de la Casa Cuartel, que aún con dignidad intenta esconder las vergüenzas del descuido y la destrucción latente, con su carácterístico patio almenado resultado de un antiguo vocabulario estilístico de origen ancestral pero lejos de una presunta función de fortín. Te gusta imaginar que era un hito defensivo, aunque no fuera así. Otras casas desaparecieron producto de equivocados deseos de renovación en un reciente pasado. Todo esto es fácilmente observable por la actual calle Fernando Alonso de la Guardia, calle que inició hace más de una veintena de años el ensanche de la Ciudad, que con su trazado casi horizontal, desproveyó a la loma de su topografía originaria, pero que ha dejado en primer plano el secreto interior de esas villas visibles, ahora, desde muchos puntos. Pero no te has de preocupar; ya han perdido el pudor y ya no solamente muestran sus fachadas neoclásicas de su frente principal a la plaza, sino su mundo interior sorprendente. Ciertamente, estas curiosas villas, respetan la linealidad de una calle como la de cualquier ciudad tradicional del XVIII o XIX, situándose en privilegiado lugar cercano a la propia Plaza y la majestuosa Iglesia Matriz. Pero en su interior ese respeto se rompe, se hace libre y se abre al paisaje rural, ahora más lejano, respondiendo a su relación de antaño con las desaparecidas huertas, buscando la mayor funcionalidad ligada al mundo de lo agrario. Su particularidad pues, era dominar ambos espacios, lo rural y lo urbano. Estos objetivos a alcanzar por sus moradores, se formalizaban en sus invariantes morfológicos, como su implantación en L o en U abiertas. Igualmente singular es la estratégica situación de sus partes nobles, los jardines de antesala a la huerta que ya no existe, las escaleras, la zona de servicios, los almacenes que las vinculaban a lo agrario, las albercas y especialmente su versatilidad para ser ampliadas hasta el infinito, tanto como la huerta quisiese. Esta imagen que presentan, te permite, pues, la licencia de llamarlas "Villas». Han tenido tanta potencia en su tipología, que otros edificios posteriores de Guía las emulan de una forma digna, como el edificio de los Salesianos, fantástica representación de la arquitectura de mediados de siglo XX, diseñado por uno de los mejores arquitectos canarios, D. Fermín Suárez Valido. Y te fijas de su aún imponente presencia desde las calles Médico Estévez o Canario Gordillo, a pesar de lo demacrado del color de la última mano de pintura dada, casi ya irreconocible y totalmente invadido a través de la cubierta de lo que fue su ermita, por esos múltiples santos espíritus que revolotean alrededor de ella. Un poco más lejos, no te olvidas que se encuentra la sencilla villa de Mr. Leacock, incluso olvidada por las palomas pues ni para ellas, está en condiciones de servirles de cobijo.

Recuerdas al arquitecto romano Vitrubio. Su concepto de la casa suburbana o villa te viene a la mente pues es aplicable a aquellas villas de la huerta. A diferencia de la villa aristocrática, la concebía como un complejo que debía estar como el decán, «en proporción con la extensión de las tierras o la magnitud de las cosechas que en ella puedan recogerse» y constaba de dos partes fundamentales, la del servicio a la agricultura (apriscos, almazaras, almacenes) zona que siempre es necesaria e imprescindible, y la de la residencia para cuyos locales recomienda seguir las indicaciones dadas para los edificios de la ciudad, pero de forma que no queden minoradas las comodidades exigibles en las construcciones propias para los servicios de la casa de campo.

Te fijas, especialmente, en la antigua Fonda de los Artiles, ya no solo porque fue de las primeras casas de Guía que visitaste y te reporta entrañables recuerdos, sino porque es la villa de Guía sin duda más vulnerable a pesar incluso de que hayan otras que puedan estar en peor estado. Todavía se cuelan en tu mente, como a través de un tragaluz, las imágenes evocadoras de esa villa en fiestas, de no hace tantos años, engalanada y llena de buena gente acogedora y

muy viva. AhÃ- estÃ¡n, incluso, en la historia escrita, alusiones especiales sobre la Fonda, desde esos primeros turistas viajeros, Ã¡vidos de conocimiento sobre las costumbres de los pueblos como las de la escritora britÃ¡nica Olivia Stone: â€œuna fonda bastante buenaâ€• cita en su libro sobre un viaje a las Islas (de tÃ­tulo innombrable, por desafortunado). No se imaginaba, con su corto comentario lo que, como simple curioso que eres, te hubiera gustado indagar en la vida diaria de la antigua Fonda de aquella Ã©poca: sus regidores, su uso diario, el servicio a la hora del desayuno y de la cena, quÃ© personas se hospedaban y por quÃ©, incluso cuÃ¡nto costaba quedarse allÃ-, si es que costaba algo. Concluyes, sin duda que es la incertidumbre actual de su uso mÃ¡s adecuado, el gran problema que posee. A pesar de ello, sabes que su arquitectura aÃ³n mantiene algo que siempre guardÃ³: su espÃ-ritu de acogida, a conocidos y a extraÃ±os.

Antiguamente, el mantenimiento de estas grandes casonas, como residencia unifamiliar a cargo de familias con alto o bajo poder adquisitivo y que mantenÃ¡an la propiedad indivisible, conservando el sentido de la propia villa, parece ahora tarea difÃcil. A pesar de ello, afortunadamente, hay dignos ejemplos en GuÃ-a de casas que se mantienen con todo el esfuerzo de sus propietarios, pero son cada vez menos.

Saltas, por un momento, al Sur de la Isla, justo al lugar donde dicen que estuvo CristÃ³bal ColÃ³n. No tienes dudas, no obstante, que Olivia Stone en el siglo XIX, sÃ- que estuvo allÃ-. En otro pasaje de su libro en el que habla de una excursiÃ³n a Tirajana, habla del camino hacia la costa y de un lugar con dunas y abundantes pÃ¡jaro en los que sÃ³lo hay construido un pequeÃ±o faro. Ciertamente que ahora ha cambiado mucho aquel lugar natural paradisÃ-aco. Las implantaciones de los lujosos hoteles resorts, han constituido la soluciÃ³n para los viajeros en busca de los baÃ±os de sol y playa pero excluyen de sus ofertas a los todavÃ-a existentes viajeros del â€œGrand Tourâ€• del siglo XXI. La mayor parte de los primeros, se conforman con lo que les ofrecen y se van contentos. El sol, la comodidad del lugar donde disfrutar durante una semana, a veces incluso en una villa reciÃ©n construida de donde se sale solo para tomar el Sol y tumbarse casi siempre en la misma hamaca del establecimiento. Leen muchos mensajes, libros o revistas en lenguas diferentes al borde de una gran marea azulejada en tonos azules y de aguas cristalinas. Te gusta pensar que siempre hay una parte de estos viajeros, los menos, que aÃ³n buscan ademÃ¡s, la oportunidad de descubrir algo mÃ¡s: territorio y humanidad.

Con casi toda seguridad a Olivia Stone, de vivir en la actualidad y de volver allÃ-, estos alojamientos y su imagen, la hubieran desconcertado y confundido, pues no reconocerÃ-a la singularidad paisajÃ-stica observada un dÃ-a de antaÃ±o y se apercibirÃ-a de que muchas de esas construcciones constituyen verdaderas emulaciones de pueblos canarios completos, aunque colocados como maquetas junto al mar, sin una historia muy larga que contar, a veces, incluida la tipologÃ-a incluso de edificios destinados a la liturgia, con sus torres del campanario y una cÃ³pula desproporcionada a modo de cimborrio neoclÃ¡sico, que suele cumplir el papel de hall de recepciÃ³n no consagrada. Pero las verdaderas estrellas de estas implantaciones son sus villas, que surgen alrededor del edificio central y que emulan igualmente, con sus terrazas y jardines la imagen un tanto caricaturesca de las nuestras, las de verdad. Estos complejos, son verdaderas mÃ¡quinas de acogida de viajeros. Curiosamente a estos, se les proveen de unas anillas que deben de llevar alrededor de la muÃ±eca como una pulsera, para su identificaciÃ³n como clientes del hotel, con derecho a todos los servicios y comidas. Quedan, pues persuadidos, quizÃ¡s de su salida del recinto por razones obvias, privÃ¡ndolos de hacer lo que la escritora hizo, indagar en la historia y las gentes de lugares cercanos, que no distan mÃ¡s de una hora vehicular.

Mientras tanto, las verdaderas pero desvincijadas villas de GuÃ-a, acogen ya solo las palomas desanilladas que allÃ-pernoctan, sin pedir permiso, sin hora de entrada ni de salida, y que tienen todo permitido, incluso allÃ- nacer o morirse, conformando al tiempo que un nido, una fosa comÃ³n. Nada mÃ¡s lejos del dibujo en el cielo en formaciÃ³n de flecha de aquellas majestuosas garzas que pasan dignamente todos los aÃ±os sin invasiÃ³n, queriendo pernoctar en los mÃ¡s bellos parajes que les ofrecen las presas y balsas; saben perfectamente de dÃ³nde vienen y a dÃ³nde vanâ€..sin nada destrozar.

Ciertamente, piensas que algo ya no encaja con el pensamiento de Vitrubio sobre el modo y la finalidad de implantaciÃ³n de la villa histÃ³rica, pues se le niega las posibilidades de seguir teniendo sentido en el territorio en el que ha sido concebida, aunque ya, este, no sea como antes, incluso con los usos que antaÃ±o tuvo, como los de acogida, aunque fuere para gentes de paso, que estas antiguas moradas necesitaban para sobrevivir. Pero su destino, inducido por la paradoja del tinglado decorado de cartÃ³n piedra cerca de la playa, que la ha imitado, es la desgraciada incertidumbre.

Â¿Por quÃ© no persuadir al viajero, despojarlo de sus ataduras y liberarlo para que experimente el placer de habitar una villa tradicional histÃ³rica? Â¿Por quÃ© estas villas que huelen todavÃ-a a tea y a barro, no se convierten en un apÃ©ndice funcional de esos grandes establecimientos del Sur para conseguir otra vez relacionar al viajero con el territorio y sus gentes? Â¿Por quÃ© no ofrecer un plus de servicio al visitante al darle la posibilidad de recorrer desde primera hora mÃ¡s fresca de la maÃ±ana, nuestros caminos, nuestros bosques, nuestra historia y sobre todo hablar con nuestras gentes? Â¿Por quÃ© no implicar a los empresarios turÃ-sticos en la rehabilitaciÃ³n de la ciudad histÃ³rica y no solamente poner el punto de mira en la rehabilitaciÃ³n de la ciudad turÃ-stica? Â¿Por quÃ© no puede ser esta, una opciÃ³n en los programas

medioambientales como contribuciÃ³n a la mejora del medio que estos establecimientos para su clasificaciÃ³n turÃ-stica estÃ¡n obligados a ofrecer? Â¿Por quÃ© ademÃ¡s, las administraciones pÃ³blicas no se toman el concepto de agroturismo en serio y fomentan el interÃ©s del visitante para el conocimiento del medio y nuestra cultura rural, patrimonial y paisajÃ-stica, concepto al orden del dÃ-a en todo el MediterrÃ¡neo? Â¿Es posible cambiar esta tendencia lesiva que es el estatismo del turismo masivo y comprometerlo en un contexto de mayor movilidad territorial? TÃº mismo te haces estas preguntas y tÃº mismo te contestas: SÃ-, es posible, pero hay que esperar irremediablemente.

Alguien ya ha dicho que hay en efecto generaciones infieles a sÃ- mismas, que defraudan la intenciÃ³n histÃ³rica depositada en ellas. En lugar de acometer resueltamente la tarea que les ha sido prefijada, sordas a las urgentes apelaciones de su vocaciÃ³n, prefieren sestear alojadas en ideas, instituciones, placeres creados por las anteriores y que carecen de afinidad con su temperamento. Crees que verdaderamente esta es una de esas generaciones. Y confÃ-as que esta necesaria espera por un momento mejor, no sea demasiado tarde. Percibes caminares con miradas hacia atrÃ¡s, al pasado y muy poco hacia delante, al futuro. No es de extraÃ±ar que choquemos mÃ¡s fÃ¡cilmente contra cualquier obstÃ¡culo que nos encontremos en el camino. Y te sonrÃ-es por la paradoja que supone mirar hacia el futuro para proteger y preservar el pasado. Es la Ã³nica manera. El futuro lo construirÃ¡n aquellos que ademÃ¡s de poseer el sentimiento del derecho y el deber de conocer la tradiciÃ³n, y por tanto la conciencia tradicional colectiva, que por sÃ-misma, tiende al inmovilismo, ademÃ¡s posean verdaderas conciencias como individuos innovadores y transformadores de una realidad, hoy tristemente abocada a la aÃ±oranza y la resignaciÃ³n. Con este nuevo material humano, seguiremos disfrutando no solo de esta nuestra Ciudad, sino de otros muchos lugares por recuperar, de su historia y su legado patrimonial. En ese momento, la ciudad histÃ³rica habrÃ¡ cambiado su actitud ante la resignaciÃ³n y volverÃ¡ a vivir con un renovado papel que ni ella misma esperaba.

Pero mientras esto ocurre, te gusta imaginar que las vocaciones y posibilidades de uso diferentes y alternativas a la eminentemente de acogida de viajeros que deseen vivir una experiencia rural, son ahora mÃ¡s posibles en GuÃ-a que nunca. Por primera vez, el aire fresco de una nueva Universidad se encuentra con la vieja y sorprendida Ciudad. Las posibilidades de su renovaciÃ³n se aceleran. Lugares de acogida de estudiantes y profesores, edificios de representaciÃ³n, economÃ-a comercial, actividad social frenÃ©tica, puede dar el sentido a su patrimonio edificado. No hay mÃ¡s que fijarse en las ciudades que han optado y utilizado la Ciudad HistÃ³rica para la implantaciÃ³n de una universidad, en contra de aquellos campus aislados que han producido desarrollos suburbanos igualmente aislados y sin servicios. Es sin duda esta posibilidad la que podrÃ-a producir hoy mismo, la recuperaciÃ³n de las seÃ±as de identidad perdidas de esta Ciudad.

Mientras, las garzas, que de vez en cuando surgen de entre las nubes y ves cruzar desde el puente, mirarÃ¡n curiosas y de forma disimulada, este lugar, especialmente sus villas y torres, por si algÃºn cambio, al fin, se hubiese producido.

Volaban de memoria aquellos pÃ¡jaros,  
fantasmas de pureza con la mirada fija  
en la lÃnea de acero de una ancha tierra santa.  
QuedÃ© como imantado  
en toda mi estatura a la alta aguja  
de su navegaciÃ³n, mientras seguÃ-a  
con los ojos errantes el vector de su rumbo

De "Las garzas" de Miguel Ã•ngel Velasco